

Movimientos Sociales y Lucha de Clases ¹

Por Aníbal Viguera ²

La idea de que hablar de “movimientos sociales” supone adoptar una línea de análisis contraria a la perspectiva de la “lucha de clases” se encuentra muy extendida. Suele pensarse en efecto que tematizar el conflicto social en términos de “movimientos sociales” conlleva la decisión de no querer –o no poder- hablar de “clases”; y que la perspectiva que pone la lente en la “lucha de clases” como clave explicativa de la dinámica social debería rechazar la categoría “movimientos sociales”. Pero cabe preguntarse si estamos necesariamente ante una dicotomía, si se trata de dos paradigmas indefectiblemente contrapuestos, o si podemos explorar de otra manera –quizá más productiva- esta relación.

En primer lugar cabe señalar que existe entre ambas expresiones una diferencia sustancial. La noción de “*lucha de clases*” remite necesariamente a una matriz teórica definida y no tiene sentido pensarla fuera de los presupuestos básicos de la tradición marxista. Aplicada a las sociedades contemporáneas esta matriz implica partir de una visión totalizadora de la realidad social en la que la condición *capitalista* de la misma es un elemento central e ineludible en el análisis, y que conlleva una dinámica atravesada por definición por el conflicto; pero no por cualquier conflicto o sumatoria aleatoria de conflictos emergentes sino por uno considerado a su vez como fundante de la dinámica social en su conjunto –en tanto fundada en

¹ Este trabajo es una versión corregida de la presentación realizada en el Panel sobre “Movimientos sociales y lucha de clases”, coordinado por María Celia Cotarelo y María Maneiro en el marco del *Primer Congreso Nacional “Protesta social, acción colectiva y movimientos sociales”*, UBA, marzo de 2009.

² Profesor Titular e Investigador en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Director del CISH (Centro de Investigaciones Sociohistóricas), UNLP.





una estructura capitalista- , y que es el que define a la relación entre capital y trabajo, y por extensión a la disputa entre clases dominantes y clases subalternas. Hablar en cambio de “*movimientos sociales*” no supone necesariamente adscribir el concepto a una determinada perspectiva teórica sobre la realidad, aunque muchas veces así se lo ha pensado cuando se habla de una eventual “teoría de los movimientos sociales”. Las preguntas a las que remite esta categoría suelen ser acotadas al objeto mismo que se pretende identificar: ¿qué son los movimientos sociales? ¿Cómo surgen y se desarrollan los movimientos sociales? ¿Tal o cual acción colectiva constituye un movimiento social? De ser así, ¿qué luchas o sentidos se expresan a través de él? Si bien como veremos el concepto ha estado muchas veces vinculado a una mirada funcionalista de la totalidad social, esa adscripción teórica puede no ser el único anclaje posible a la hora de recortar un fenómeno colectivo en términos de movimiento social. Si partimos de esta diferenciación inicial, quizá entonces no sea incompatible *per se* hablar de movimientos sociales desde una lente que visualiza a la lucha de clases como constitutiva de la sociedad capitalista. De ser así, algunos desarrollos conceptuales realizados al pensar la dinámica de los fenómenos colectivos en tanto que movimientos sociales podrían combinarse con interrogantes y supuestos teóricos anclados en un enfoque de clases dando lugar a una perspectiva analítica científicamente productiva.

Movimientos sociales: breve itinerario de un concepto

Como tantos otros, el concepto “movimientos sociales” ha sido objeto de múltiples definiciones y usos, llegando incluso en algunos casos a emplearse en un sentido tan genérico que lo vuelve sinónimo de cualquier acción emprendida colectivamente en función de un interés u objetivo compartido. Sin embargo, podemos dejar rápidamente de lado

los usos más triviales y rescatar aquellas conceptualizaciones teóricamente más densas y complejas, en las que, ante todo, se pretende reservar la expresión para identificar y analizar *cierto tipo* de acciones o fenómenos colectivos. En este sentido cabe señalar que el rastreo de las definiciones que conllevan una pretensión analítica específica nos remite en primer lugar a la noción de “nuevos movimientos sociales” acuñada en Europa a mediados de los años sesenta por autores que, como Alain Touraine y Claus Offe, procuraban dar cuenta de actores colectivos emergentes cuyas características parecían requerir de nuevos conceptos para su identificación y análisis. Los movimientos ecologistas, culturales, estudiantiles, de mujeres, que en torno al ciclo de movilización de 1968 ocupaban un lugar central en la escena política, planteaban un desafío teórico al no dejarse captar fácilmente por los modelos esperados de acción colectiva de clase que solían englobarse bajo la categoría de “movimiento obrero”. Tampoco cabía ya aplicarles la clásica noción de “comportamiento colectivo” que desde fines del siglo XIX había sido empleada desde perspectivas funcionalistas y psicosociológicas para conceptualizar a las acciones colectivas que se apartaban de los canales institucionales considerados “normales” para la acción de los grupos de interés: desde esos enfoques, estos fenómenos “extrainstitucionales” eran explicados en términos de irracionalidad, de “desviaciones” producto de crisis sistémicas a las que se respondía en forma no convencional. Los “nuevos movimientos sociales” eran disruptivos, pero lejos de responder intuitivamente a situaciones críticas, lo que hacían era poner en la agenda política reclamos vinculados a clivajes que si no eran nuevos, hasta entonces no habían sido el eje de movilizaciones masivas con programas que alcanzaban altos niveles de convocatoria.





La denominación “movimientos sociales” quedaba entonces asociada a la novedad –no eran ni partidos ni sindicatos, ni meros “grupos de interés” institucionalizados-, pero también surgía como *alternativa* a la categoría de clase. Esta dimensión alternativa cobra especial desarrollo en la obra de Touraine cuando el sociólogo francés define lo que entiende como un nuevo tipo societal, al que denomina “sociedad postindustrial” o “sociedad programada”, en cuyo seno los movimientos sociales son aquellos que disputan por la libertad del sujeto frente al avance del mundo de la técnica y la racionalización. Se produce así un desplazamiento en el modo en que se concibe a la sociedad contemporánea, donde la condición *capitalista* se diluye (se naturaliza) y emerge lo postindustrial, la sociedad de la información, como rasgo constitutivo que supone nuevos conflictos sociales fundamentales que han desplazado del lugar central al clivaje capital-trabajo propio del tipo societal anterior, la “sociedad industrial”. Aquí la idea de movimiento social tiene entonces un anclaje teórico, aunque éste se distancia de la perspectiva de la lucha de clases como eje analítico de la totalidad social.

Más allá de esto, sin embargo, es importante destacar dos aspectos del enfoque tourainiano que también atraviesan su conceptualización de los movimientos sociales. En primer lugar, la categoría sigue quedando reservada para *cierto tipo* de acción colectiva: no se trata de una mera lucha por intereses específicos, ni siquiera remite a la lucha por el poder político, sino de la disputa en torno al conflicto central de la sociedad –ahora redefinido como una disputa de carácter simbólico y cultural-. Por otra parte, para Touraine se trata de un concepto analítico: los movimientos sociales no “son” *per se* actores o fenómenos colectivos, sino que el movimiento social es en realidad una dimensión analítica –observable por el sociólogo- que puede estar presente en mayor o menor medida en cualquier proceso de acción o

de identidad colectiva en tanto estos conlleven una orientación hacia el horizonte del conflicto central de la sociedad. Esto es todavía más claro en la obra de Alberto Melucci, discípulo de Touraine, para quien la dimensión del movimiento social a ser explorada como potencialmente presente en un fenómeno de acción colectiva, supone la coexistencia de tres elementos: solidaridad, conflicto y tendencia a romper los límites del sistema al que se orienta esa acción (por ejemplo, el sistema político, o el sistema de organización económica). En la misma línea, Melucci postula la categoría de “movimiento social antagónico” para identificar aquellos componentes de una acción colectiva que ponen en cuestión el control de los recursos fundamentales de una estructura económica, social, o política. Persisten entonces, en esta perspectiva encarnada por Touraine y Melucci³, al menos dos elementos analíticos fundamentales que pueden constituir un puente con un análisis anclado en otras perspectivas teóricas: por un lado, la visualización de la sociedad como atravesada por un conflicto estructural central en torno al cual puede orientarse, como un horizonte articulado con otros clivajes o *issues* más específicos, un fenómeno de acción colectiva; por el otro, ello implica que el interrogante que guía la exploración de los movimientos sociales es el que apunta a dilucidar *qué está en juego* en una acción o en una identidad colectiva, o dicho de otro modo, cuáles son los sentidos en torno a los cuales aquélla se construye. Subyace aquí la idea de que en un fenómeno concreto de acción colectiva se entremezclan sentidos diversos, objetivos específicos y horizontes totalizantes, y que es desde la lente analítica y *a partir de un interrogante teórico significativo* que esos significados pueden ser identificados –y eventualmente potenciados en la práctica misma-.

³ Ver por ejemplo Touraine, A. (1991). *Los movimientos sociales*. Buenos Aires: Almagedo; (1997). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires: FCE.; y Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.





Otra conceptualización sobre los “movimientos sociales” es la que evolucionó inicialmente al interior del ámbito académico norteamericano. Allí también, los años sesenta mostraban que los movimientos “no convencionales” emergentes no se dejaban caracterizar como acciones desviadas provocadas por individuos no integrados, así como tampoco se explicaban como “respuestas” a crisis sistémicas. Eran acciones no institucionales pero claramente intencionales, con proyectos definidos y estrategias deliberadas. En un principio, la denominada “teoría de la movilización de recursos” se propuso justamente analizar estas acciones colectivas a partir de la construcción estratégica y racional llevada adelante por los organizadores de los movimientos, movilizando a tal efecto recursos económicos y simbólicos. Con el tiempo, autores inicialmente vinculados a esta perspectiva fueron ampliando el espectro de dimensiones a considerar y dieron lugar a versiones más complejas que llegaron incluso a asumirse como una “teoría” de los movimientos sociales. El énfasis en la movilización de recursos fue desplazado por la propuesta de una verdadera agenda de investigación que propone analizar la emergencia y evolución de los movimientos sociales teniendo en cuenta varios factores: los cambios en la “estructura de oportunidades políticas”, la existencia de estructuras previas de movilización, la creación de “marcos de acción colectiva” y la conformación de repertorios estables de acción. Como base común, puede señalarse que el punto de partida está en considerar al “problema de acción colectiva” en términos de cómo los organizadores de un movimiento social –de formato no convencional- resuelven el desafío de la “coordinación social” de grupos y redes de individuos diversos y dispersos en torno a una acción colectiva exitosa, en un determinado contexto político⁴. Los desarrollos más recientes en esta

⁴ Como síntesis de esta perspectiva y una de sus expresiones más sistemáticas puede verse Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.

perspectiva son los que se centran en reforzar la presencia de la dimensión cultural en el análisis, así como los que se dedican a profundizar en la cuestión de cómo las “redes” sociales constituyen un punto central a la hora de explicar la participación individual en la acción colectiva.

A diferencia de la tradición tourainiana aquí la conceptualización de la sociedad como una totalidad atravesada estructuralmente por un conflicto central no forma parte del andamiaje analítico en el que se propone definir a los movimientos sociales. En la matriz funcionalista-pluralista que sustenta a esta perspectiva, lo que define a los movimientos es sí su carácter disruptivo, contencioso, no convencional, pero en el fondo los conflictos que los animan constituyen una casuística infinita, cuya organización en torno a coordenadas más abarcadoras no está tematizada. Tampoco el interrogante por lo que está en juego en la acción colectiva constituye un eje significativo en el análisis: “agravios” hay siempre y pueden ser de lo más diversos, se dice, lo que interesa es explorar en qué condiciones y por qué mecanismos ellos dan lugar a acciones disruptivas de protesta sostenidas en el tiempo, es decir, a *movimientos sociales*. La pregunta clave se ha desplazado entonces al *cómo* de la acción colectiva, cuando ésta requiere ser explicada al salirse de los parámetros institucionalizados –previsibles- de expresión de intereses. Lo teórico en todo caso remite a la identificación de ciertas dimensiones o variables –como la “estructura de oportunidades políticas”- que deben necesariamente tenerse en cuenta en la explicación de la protesta.

De todos modos, cabría preguntarse si esa pregunta por el *cómo* no había quedado a su vez desplazada en las tradiciones teóricas más estructurales; quizá la identificación de esos mecanismos a través de los cuales se *construye* la acción colectiva podría articularse





productivamente con las visiones que mantienen como horizonte analítico prioritario y articulador la búsqueda y la explicación teórica de los sentidos sociológicos en juego en los movimientos sociales. En este sentido, uno de los aportes más productivos que emergen explícita o implícitamente de este enfoque es el que conduce a explorar la acción colectiva de protesta en su necesaria articulación con el proceso político en su conjunto. Por otra parte, aunque no se comparta la matriz teórica que atraviesa implícitamente a estas perspectivas, de ellas puede rescatarse una advertencia que no debiera pasarse por alto, y es la que apunta a señalar que la acción colectiva no emerge naturalmente de la existencia de un conflicto o antagonismo estructural, y que incluso el sentido de la misma y sus alcances son producto de una construcción compleja que requiere ser explorada.

Estos derroteros teóricos se han presentado aquí de manera extremadamente sintética, pasando por alto innumerables variantes y matices cuya consideración excedería los límites y objetivos de este trabajo. Lo que queremos rescatar es cómo el concepto “movimientos sociales” emerge desde estas grandes dos tradiciones pretendiendo dar cuenta de determinados desafíos analíticos que enfrentaban los ámbitos académicos en los que esas perspectivas se insertaban. Lo importante a señalar aquí es que a partir de esos orígenes, la categoría “movimientos sociales” comienza a circular en ámbitos diversos en parte arrastrando esos sentidos originarios, pero también desprendiéndose imperceptiblemente de la lógica que los articulaba en sus versiones iniciales. Van sedimentando así distintos “usos” de un concepto que parece resultar necesario para identificar actores colectivos que por algún motivo se consideran novedosos, y/o especialmente significativos; en relación con la eventual dicotomía que estamos explorando aquí, esos colectivos no se dejarían captar adecuadamente como “actores de clase”. Aunque quizá, como

intentaremos argumentar, ello no sea equivalente a decir que no pueden ser examinados *desde la óptica de la lucha de clases*.

Movimientos sociales en la Argentina:

Salvando posibles excepciones o matices, podría decirse que hasta comienzos de los años ochenta la expresión “movimientos sociales” no formaba parte del modo predominante de análisis de la acción colectiva popular en la Argentina. Se estudiaba predominantemente sí al “movimiento obrero”, y se tendía a analizarlo desde una matriz en la que lo que se trataba de captar era en qué medida la acción sindical se acercaba o se apartaba del horizonte revolucionario hacia el que, se esperaba, debía naturalmente orientarse. La misma lente se aplicaba al estudio de otras expresiones de lucha a las que quizá con demasiada rapidez se adjudicaba un carácter unívocamente revolucionario sin indagar la complejidad de sentidos y orientaciones que posiblemente las atravesaran. La dictadura militar de 1976 impuso un trágico quiebre, tanto en las luchas mismas como en los estudios sobre ellas. Ni unas ni otros dejaron de llevarse a cabo, sin duda, pero experimentaron profundas transformaciones. Cabe señalar que muchos investigadores siguieron centrando su atención en los estudios sobre la clase obrera, sus luchas y organizaciones, tanto durante como después del gobierno militar. Pero con la transición a la democracia apareció también en la agenda académica y política la temática de los “nuevos movimientos sociales”. El concepto se abrió paso para identificar a actores colectivos que si no eran necesariamente nuevos cobraban una visibilidad inédita, y lo que fue quizá más significativo, despertaban expectativas novedosas. En línea con la mirada de Touraine a la que hicimos referencia más arriba, parecía que actores como los movimientos de derechos humanos, el movimiento estudiantil, los asentamientos de tierras y otras expresiones de acción colectiva





barrial, entre otros, conllevaban características distintas a las de los actores clásicos y hacían por lo tanto necesaria esa nueva denominación. Tendía a esperarse de ellos, básicamente, una renovación en las prácticas políticas que podían dar lugar a una democracia más participativa; quizá, una vez más, se le adjudicaban a estos “movimientos sociales” rasgos y efectos demasiado unívocos, pero el hecho es que desde esa lente fueron constituidos en un nuevo objeto de estudio⁵.

Más allá de la Argentina, la influencia tourainiana era nítidamente visible en un conjunto de autores que enfocaban el contexto latinoamericano, proponiendo también la existencia de los “nuevos movimientos sociales” y atribuyéndoles una renovada potencialidad transformadora y democratizadora respecto a viejos actores y viejas prácticas, aunque señalando al mismo tiempo, con cierta nostalgia, la “pérdida de horizontes totalizantes” que ellos implicaban respecto al modelo previo de politización y movilización correspondiente al “ciclo nacional-popular”. Portadores de prácticas más autónomas tendientes a “potenciar la capacidad de acción de la sociedad sobre sí misma”, creadores de nuevas identidades con fuerte impacto en el plano simbólico y cultural, una rica multiplicidad de actores y prácticas aparecía ante la lente de los analistas como indicadora de una verdadera transición societal⁶. La noción de movimientos sociales entraba entonces en la agenda académica con aquel perfil de *alternativa frente a actores clásicos*, aunque con una cierta tensión

⁵ Por ejemplo, los artículos compilados en Jelin, E. (1985). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: CEAL; y (1987). *Los movimientos sociales en la democracia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

⁶ Ver especialmente Calderón, F. (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: CLACSO; Evers, T. (1985). “Identidad: la faz oculta de los nuevos movimientos sociales”. *Punto de Vista*, no. 15; y Calderón, F. y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires: CEDES.

entre la nostalgia por los horizontes totalizantes perdidos y la confianza en una *potencialidad transformadora de nuevo tipo*.

Ahora bien, esta tendencia a explorar las manifestaciones emergentes de acción colectiva desde una lente cuyos interrogantes parecían centrarse especialmente en el plano cultural y político y en el horizonte de la consolidación democrática, sería pronto subsumida nuevamente por el reingreso en la agenda de la “cuestión social”. En efecto, el avance de las políticas de ajuste y la nueva ofensiva neoliberal que se consolidó a comienzos de los noventa hicieron que la mirada se desplazara hacia la relación entre esas medidas –con sus efectos sociales crecientemente regresivos- y la acción colectiva de los sectores afectados por ellas. En este sentido, el “neoliberalismo” se convertía en un nuevo horizonte en torno al cual se analizaban las luchas populares, siguiendo un itinerario vertiginoso marcado por la propia coyuntura socioeconómica y política. En un primer momento tendió a instalarse la idea de que el neoliberalismo, al provocar una fuerte fragmentación de los sectores populares –dentro de la cual se incluía una cierta reversión en la capacidad de lucha del movimiento obrero- generaba un efecto negativo respecto a la protesta social, la que tendía a decrecer o al menos a volverse focalizada y defensiva. En ese marco de análisis, la expresión “movimientos sociales” cumplía ahora la función de identificar precisamente a ese conglomerado de actores y acciones dispersos, fragmentados, atravesados por un horizonte común de resistencia al neoliberalismo pero incapaces de traducirlo en prácticas articuladas y totalizadoras⁷. Los horizontes “nacional-popular” o “revolucionario” del pasado operaban aquí como contrastes en torno a los cuales el concepto que nos ocupa se resignificaba para dar cuenta de la forma en que la dura realidad social

⁷ García Delgado, D. (1994). *Estado & Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Buenos Aires: Flacso/Norma.





del neoliberalismo repercutía –negativamente en principio- sobre la acción colectiva.

A partir de 1996-1997, sin embargo, la creciente proliferación de actores, episodios de resistencia, nuevos repertorios e identidades colectivas –la más visible de las cuales fue sin duda la de los “movimientos de trabajadores desocupados”- provocó un nuevo deslizamiento analítico; el neoliberalismo ya no parecía obstaculizar la protesta, sino que era el factor desencadenante de una creciente movilización que a la vez estaba atravesada por la novedad. “Movimientos sociales” pasaba a ser entonces el concepto que podía englobar a todas esas manifestaciones, tan diversas como contundentes, en la medida en que excedían, una vez más, los contornos de los actores “clásicos” a la vez que conllevaban una fuerte impronta disruptiva y de algún modo convergían en torno a un conflicto central, ya no definido a partir de la condición capitalista de la sociedad sino del modo específicamente neoliberal de acumulación consolidado en los noventa. Paralelamente, de todos modos, los estudios académicos fueron afinando sus recortes, para centrarse cada vez más en el análisis de cada una de esas manifestaciones de resistencia y las que fueron surgiendo al calor de la crisis –movimientos de desocupados, fábricas recuperadas, asambleas barriales, colectivos culturales, “estallidos”-, a la vez que se sumaban enfoques y perspectivas al análisis del movimiento obrero y se retomaban, con nuevas preguntas, los estudios sobre actores específicos como los movimientos por los derechos humanos y otros colectivos ligados a demandas puntuales “de matriz cívica”⁸. Por otra parte, el carácter

⁸ Sin pretender en este ensayo dar cuenta exhaustivamente de la bibliografía sobre estos temas, cabe citar aquí solo a título ilustrativo los trabajos de Javier Auyero, Maristella Svampa, las investigaciones realizadas en los proyectos dirigidos por Norma Giarracca, Adrián Scribano, Federico Schuster, Gabriela Delamata, entre otros. Entre quienes siguieron trabajando específicamente sobre el movimiento obrero cabe mencionar a los investigadores del PIMSA, en particular Nicolás Iñigo Carrera.

efímero y cambiante de muchos fenómenos colectivos convocaba incluso a adoptar expresiones que –como “protesta social”- permitieran captar esa dimensión que la imagen más orgánica y perdurable del “movimiento social” corría el riesgo de ocultar⁹. Al mismo tiempo, desde los enfoques etnográficos tiende a cuestionarse la noción a veces demasiado unívoca de “movimientos” para abrir paso al estudio de los entramados territoriales y simbólicos del mundo popular que en todo caso exceden e incluyen a aquéllos¹⁰.

El nuevo énfasis en la especificidad de los objetos de estudio y su condición de alta volatilidad y complejidad tendió entonces a desalentar el uso del genérico “movimientos sociales” y sobre todo la pretensión de dotar al concepto de una significación precisa. Éste había quedado instalado, de todos modos, cargando –en combinaciones no necesariamente precisas- con los sentidos que habían ido sedimentando en su recorrido: prácticas y actores “novedosos”, no convencionales, disruptivos, fragmentados aunque pasibles de ser dotados de un horizonte común ligado a un conflicto central, potencialidad transformadora. Este último aspecto reaparecía fundamentalmente en perspectivas que, en el nuevo contexto posneoliberal –a veces extendido al mundo globalizado- adjudicaban precisamente a estos actores nuevos la capacidad y el protagonismo revolucionarios que desde otras visiones seguía estando depositado en la clase obrera tomada en sentido estricto. Así planteada la ecuación, los movimientos sociales parecían reforzar su carácter *alternativo*

Resumo aquí algunas líneas de un itinerario analítico que hemos analizado en mayor detalle en Iuliano, R. Pinedo, J. y Viguera, A. (2007). “El campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática”. En Camou, Antonio, Cristina Tortti y Aníbal Viguera (coord.). *La Argentina democrática: los años y los libros*. Buenos Aires: Prometeo.

⁹ Schuster, F. Y Pereyra, S. (2001). “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política”, op. cit.

¹⁰ Un análisis comparado de este tipo de trabajos (como por ejemplo los de Virginia Manzano, Julieta Quirós, Cecilia Ferraudi, entre otros) puede verse en D’Amico y Pinedo, en prensa.





frente a la noción de clase, alimentando la mirada dicotómica que este trabajo se propone explorar críticamente.

Los movimientos sociales desde la óptica de la lucha de clases

Desde la tradición marxista el tema de la acción social colectiva se definió desde un principio en términos de la identificación de actores centrales en función de la estructura de clases, considerada como el principio articulador del análisis de la totalidad social y del antagonismo inherente que la atraviesa. La existencia de un conflicto central y la conceptualización de un “sujeto esperado” desde la teoría, ha sido la clave analítica de este paradigma y el eje de una serie de desarrollos y debates. Un problema que se plantea desde esta perspectiva es el de las condiciones de emergencia de la clase *como actor* –momento diferente al de la existencia misma de una estructura de clases- y *como sujeto* que lleva adelante un proyecto determinado de cambio estructural. En este sentido, la definición misma del concepto de clase constituye un primer desafío analítico; la conformación de la correspondiente “conciencia de clase” y la existencia o no de una acción colectiva “de clase” es un segundo momento que ha promovido importantes debates al interior del propio marxismo, así como el dilema de cómo conceptualizar a los actores que no se conforman explícita y/o nítidamente en torno a clivajes clasistas. Las reflexiones de Antonio Gramsci aportaron una importante complejización de la cuestión centrada en la *construcción política* de la acción colectiva en un contexto redefinido en términos de hegemonía; la tradición de la Escuela de Frankfurt, la obra historiográfica de E. P. Thompson y en general de la sociología histórica británica, el marxismo analítico, las distintas vertientes del “autonomismo”, la salida “posmarxista” de Laclau, son algunas líneas centrales de un itinerario que ha estado en

buena medida marcado por la necesidad de dar cuenta de esos desafíos analíticos¹¹.

Lejos de invalidar los supuestos fundamentales del análisis de clase, estos desafíos convergen quizá sí en torno a la necesidad de explorar los microfundamentos y los complejos entramados de sentido de la lucha y la protesta, de esa acción colectiva que sin dejar de estar atravesada por el conflicto de clase, suele estar permeada a la vez por el sentido común dominante y aparecer en formas y actores cambiantes como los que la noción de movimientos sociales buscó aprehender desde su aparición. En este sentido, retomando lo planteado al principio de estas notas, la “lucha de clases” puede entenderse como una lente que en su sentido más amplio remite a las múltiples formas en que se manifiestan tanto la construcción de la hegemonía por los sectores dominantes, como las resistencias contra-hegemónicas de los sectores subalternos. Esa lente analítica supone entonces partir de un interrogante significativo central a la hora de analizar las diversas manifestaciones de resistencia y protesta, que conduce a indagar en qué medida, de qué modos, y con qué sentidos la dinámica hegemonía-contrahegemonía se desarrolla en y a través de ellas. Buscar sólo “la clase” en la acción colectiva de resistencia, o rescatar sólo los sentidos “clasistas” en ella, puede dejar en el camino muchas cuestiones importantes. Pero tanto los actores y repertorios “clásicos” de la política y el conflicto –partidos, sindicatos, huelgas– como otros fenómenos colectivos muy diversos, a veces fragmentarios, muchas veces efímeros, pueden ser analizados en toda su significación sociológica y política si se los interpela precisamente desde la perspectiva de la lucha de clases: es decir, desde esa lente que de manera no excluyente pero sí ineludible, procura captar el complejo

¹¹ Un interesante seguimiento crítico de estos itinerarios puede verse en Caínzos, M. (1989). “Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo”. *Zona Abierta*, 50.





entramado de dominación y resistencia, de reproducción y disrupción del orden social, que inevitablemente los atraviesa. Es aquí donde hablar de “movimientos sociales” no resulta necesariamente incompatible con pensar desde la lucha de clases como interrogante central; es aquí también donde muchos desarrollos analíticos pensados para tratar de captar los mecanismos de emergencia y desarrollo de la acción colectiva de protesta, o para explorar la complejidad de significados presentes en un hecho colectivo, pueden capitalizarse en función de las preguntas teóricas que dicho interrogante dispara.

Es este interrogante por la “lucha de clases”, así concebido, el que recorre implícita o explícitamente la mayor parte de los trabajos que vienen analizando la acción colectiva de protesta y resistencia en la Argentina contemporánea, aún cuando recorten sus objetos de estudio en términos “no clasistas” como pueden ser los de movimientos sociales, protesta social, o denominaciones más específicas. Puede apreciarse en ellos una productiva convergencia de perspectivas analíticas que, lejos de constituir un eclecticismo anodino, permiten explorar en profundidad ese complejo entramado de prácticas y sentidos que atraviesan tanto a los actores más clásicos como los sindicatos, como a los fenómenos emergentes en el contexto posneoliberal. Es claro que en las acciones, prácticas y discursos de todos los actores que conforman el campo popular, se conjugan elementos disruptivos, clasistas, antagónicos, con elementos en los que se pone de manifiesto la dominación, la hegemonía, la reproducción, la naturalización del orden social. Lllamarlos o no *movimientos sociales* puede ser un dato secundario e irrelevante mientras analicemos a ese multifacético entramado popular a partir de interrogantes teóricos –y políticos- significativos. Sin ser excluyente, *la lente de la lucha de clases* sigue siendo en ese sentido un interrogante analítico central, articulador e ineludible en tanto apunta a captar y

explicar esa compleja dialéctica entre dominación y resistencia, hegemonía y contrahegemonía, reproducción y disrupción de cuyo desarrollo depende el rumbo que tome la totalidad social.



BIBLIOGRAFÍA CITADA:

- Auyero, J. (2002). *La protesta*. Buenos Aires, Libros del Rojas.
- Caínzos, M. (1989). "Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo". *Zona Abierta*, 50.
- Calderón, F. (1986). *Los movimientos sociales ante la crisis*. Buenos Aires: CLACSO.
- Calderón, F. y Jelin, E. (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires: CEDES.
- Cotarelo, M. C. e Iñigo Carrera, N. (2004). "Algunos rasgos de la rebelión en Argentina 1993-2001". *PIMSA, Documentos y Comunicaciones* n° 8.
- D'amico, M. V. y Pinedo, J. (2009). "Debates y derivas en investigaciones sobre "los piqueteros". Una bitácora de lectura". *Revista Sociohistórica*, N° 25 (en prensa, aceptado para su publicación).
- Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba-Libros del Rojas N° 8.
- _____ (Comp.) (2005). *Ciudadanía y Territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Evers, T. (1985). "Identidad: la faz oculta de los nuevos movimientos sociales". *Punto de Vista*, no. 15.
- García Delgado, D. (1994). *Estado & Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Buenos Aires: Flacso/Norma.



- Giarraca, N. (Ed.) (2001). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. C. (2001). "Clase obrera y formas de lucha en la Argentina actual". *Cuadernos del Sur*, N° 31.
- Iuliano, R. Pinedo, J. y Viguera, A. (2007). "El campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática". En Camou, Antonio, Cristina Tortti y Aníbal Viguera (coord.). *La Argentina democrática: los años y los libros*. Buenos Aires: Prometeo.
- Jelin, E. (Ed.), (1985). *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: CEAL.
- _____ (1987). *Los movimientos sociales en la democracia*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. México: El Colegio de México.
- Naishtat, F., Schuster, F., Nardacchione G. et al. (Comp.) (2005). *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.
- Scribano, A (comp) (2005). *Geometría del conflicto: estudios sobre acción colectiva y conflicto social*. Córdoba: Editorial Universitas.
- Schuster, F. Y Pereyra, S. (2001). "La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política". En Giarraca, Norma, (Ed.): *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.

- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza Universidad.
- Touraine, A. (1991). *Los movimientos sociales*. Buenos Aires: Almagesto.
- _____ (1997). *¿Podremos vivir juntos?* Buenos Aires: FCE.

